

## La Fiebre (Barthes por primera vez)

Jorge Monteleone (ILH-UBA/UNTREF/CONICET)\*  
ORCID 0009-0001-8259-2913

**Resumen:** Este ensayo autobiográfico refiere el descubrimiento y la lectura de Roland Barthes en los años setenta por primera vez para un crítico literario argentino, cuya escritura y presupuestos teóricos fue, como la de muchos integrantes de su generación, hondamente marcada por su influencia. A pesar del relato confesional y la referencia concreta al contexto histórico, el texto intenta recrear ciertos modos alternativos de circulación de Barthes, incluso al margen de la universidad, que a partir de 1975-1976 había censurado explícitamente ese discurso. En torno de la lectura de los tres últimos libros de Barthes (*Roland Barthes par Roland Barthes*, *Fragments d'un discours amoureux* y *La chambre claire*) publicados entre 1975 y 1980, se reconoce la dimensión del deseo y el reconocimiento del cuerpo erotizado en su transfiguración textual como fascinación inicial en aquella lectura primera.

**Palabras-claves:** Barthes – Autobiografía – Cuerpo

**Resumo:** Este ensaio autobiográfico refere-se à descoberta e leitura de Roland Barthes pela primeira vez na década de setenta por um crítico literário argentino, cuja escrita e pressupostos teóricos foram, como os de muitos membros de sua geração, profundamente marcados por sua influência. Apesar da história confessional e da referência específica ao contexto histórico, o texto tenta recriar certos modos alternativos de circulação de Barthes, mesmo fora da universidade, que de 1975 a 1976 censurou explicitamente aquele discurso. Em torno da leitura dos três últimos livros de Barthes (*Roland Barthes par Roland Barthes*, *Fragments d'un discours amoureux* e *La chambre claire*) publicados entre 1975 e 1980, se reconhece a dimensão do desejo e o reconhecimento do corpo erotizado na sua transfiguração textual como inicial fascínio naquela primeira leitura.

**Palavras-chave:** Barthes – Autobiografia – Desejo

**Abstract:** This autobiographical essay relates the discovery and reading of Roland Barthes in the 1970s for the first time by an Argentine literary critic, whose writing and theoretical presuppositions were, like those of many members of his generation, deeply marked by his influence. Despite the confessional narrative and the specific reference to the historical context, the text attempts to recreate certain alternative modes of circulation of Barthes, even outside the university, which from 1975-1976 had explicitly censored this discourse. Around the reading of the last three books by Barthes (*Roland Barthes par Roland Barthes*, *Fragments d'un discours amoureux* and *La chambre claire*) published between 1975 and 1980, the dimension of desire and the recognition of the eroticized body in its textual transfiguration are recognized as initial fascination in that first reading.

**Keywords:** Barthes – Autobiography – Body

Recebido em: 05 maio 2024 | Aprovado em: 25 maio 2024

\* Investigador del CONICET en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y profesor en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Escritor, crítico literario y periodista cultural. Publicó *El relato de viaje, 200 años de poesía argentina*, *La Argentina como narración*, *El fantasma de un nombre (poesía, imaginario, vida)*, *El centro de la tierra (lectura e infancia)*, *La voz de Olga Orozco*. Dirigió el volumen 12 de la *Historia crítica de la literatura argentina*, bajo la dirección general de Noé Jitrik. Correo electrónico: jorgejmonteleone@yahoo.com.ar.

Cámpora al gobierno, Perón al poder. Una alta noche de mayo de 1973 son liberados todos los presos políticos. Veo una fotografía en blanco y negro o una imagen televisiva en la que miles festejan frente a la cárcel de Devoto. Algo lejano, con la fuerza de un resto enconado en lo que escuché durante toda mi infancia, retorna en el presente. Retorna en el retorno: Perón vuelve. Mi abuelo Rosario era comunista y ferroviario, me había adoctrinado acerca de la usurpación de los trabajadores por el gremio peronista. Leía la revista del sindicato, *Unión Ferroviaria*, y decía despreciar sus mentiras, y leía además *Novedades de la Unión Soviética* como un artículo de fe. Mientras tanto yo iba a un colegio secundario católico, pero que predicaba las reformas del Concilio Vaticano II, porque se llamaba Juan XXIII. Cuando volvía de misa e iba a la casa del nono, él me decía: “*Gesucristo era lo primero comunista e por eso lo habiano ammazato, no por ser el figlio del padre eterno ¡fesa!*”. Muchos años después, cuando vi *El evangelio según Mateo*, de Pasolini, lo entendí.

Desde muy chico me gustaba mucho leer, dibujar y escribir, era parte de un juego y, a menudo, un refugio contra la locura y el duelo. Yo quería ser dibujante de historietas, había leído a Borges y sobre todo veneraba a Cortázar, porque era menos un relato que un ritmo. El ritmo Cortázar. Pero hallé también dos aficiones a la vez. Con el descubrimiento de la poesía, es decir, con la lectura de Neruda, de Lorca, las *Iluminaciones* de Rimbaud y los versos “Me gusta ese tajo / que ayer conocí” o “Ya despiértate, nena / sube al rayo al fin” de *Pescado Rabioso*, la banda de Luis Alberto Spinetta entre 1971 y 1973, algo confluyó con exactitud entre la significancia (el sentido producido sensorialmente) del poema y la paja. Ahí entendí el verso de Whitman: “yo canto el cuerpo eléctrico”. Para ser estricto, había mucho más amor propio que chicas, pero algo me rozaba en el erotismo de esos poemas y canciones, iba como un relámpago por la médula y estallaba en el centro de otro cuerpo fantaseado desde el mío, en las tardes de verano o en la noche insomne. No tenía revistas pornográficas, eran danesas y muy difíciles de conseguir en el suburbio. Tenía que imaginar, con los poemas y con el rock. Podrán entender ahora por qué el tema central de mis investigaciones es “el imaginario poético”.

Si la realidad realmente prefiriera las simetrías y los falsos anacronismos, yo haría coincidir en el relato la noche en que liberaron a los presos políticos con una intensa paja. Estadística, no estéticamente, era posible. Todo estallaba a la vez, confundido, ciego, por impulsos: el eros, la utopía y el ritmo. Yo tenía quince años largos esa noche, en julio cumpliría dieciséis. Algo en mí cambiaba para siempre, otra vez.

Para que todo sea perfecto voy a volver del colegio al día siguiente: esta vez no voy a cruzar el túnel de la estación Ramos Mejía, sino el paso a nivel de las vías del ferrocarril Sarmiento para ir al otro lado donde tomo el colectivo que me lleva a mi casa de un barrio obrero, con casitas hechas por inmigrantes. Paso por un kiosko que frecuento y veo el número 1 de una revista. Se llama *Crisis*. Miro bien: dice “*ideas letras artes en la Crisis*”. La tapa es gris, está llena de nombres y entre ellos hay pequeños esqueletos vestidos con trajes blancos y polleras. Vienen de grabados de Guadalupe Posada. Nunca vi algo así. El primer nombre era “Manuel Rojas” y aquel mismo mes un profesor de castellano tan longilíneo y estilizado al que le decíamos Manguera nos había leído un cuento de Rojas: “La copa de leche”. El segundo nombre era “Ernesto Sábato” y yo había leído *El túnel* y estaba impresionado por el crimen de Juan Pablo Castel. El tercer nombre era “Juan Perón”. *Tenía* que comprar esa revista:

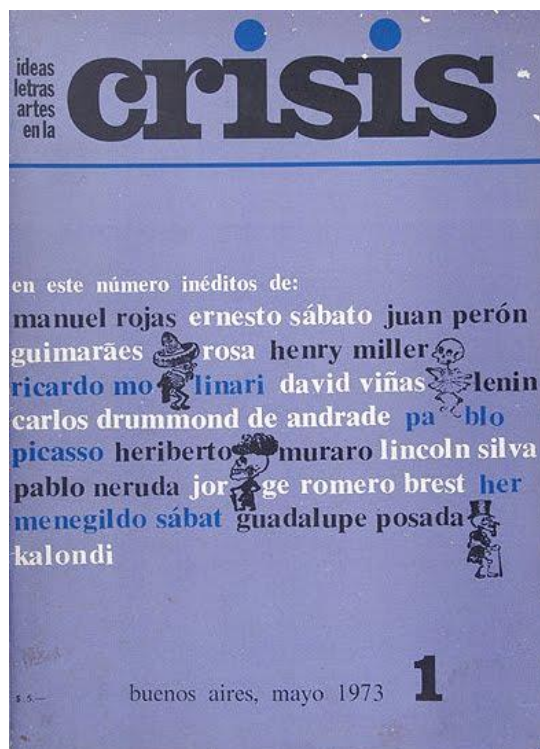


Ilustración 1: Tapa del primer número de la revista *Crisis*.

Comencé a leerla y no pude abandonarla hasta el final, y decidí repetir esa lectura todos los meses, con la sensación vívida de un aprendizaje. Todo aquello que había comenzado aquella noche de mayo y que era la exterioridad estaba allí. En la niñez la literatura había sido un refugio; en la pubertad un conjuro; pero ahora me atravesaba en el mundo, en el afuera: literalmente *me sacaba*. Un día mi abuelo había visto de lejos a Neruda en un mitín del Partido, otro yo lo había leído, y el 11 de setiembre de 1973, Salvador Allende había sido acibillado en el Palacio de la Moneda y Neruda estaba muerto y habían saqueado su casa. Como aquel día de mayo, al mes siguiente del golpe en Chile pasé por el quiosco para comprar el número de octubre de la revista *Crisis*, el número 6. Este:<sup>1</sup>

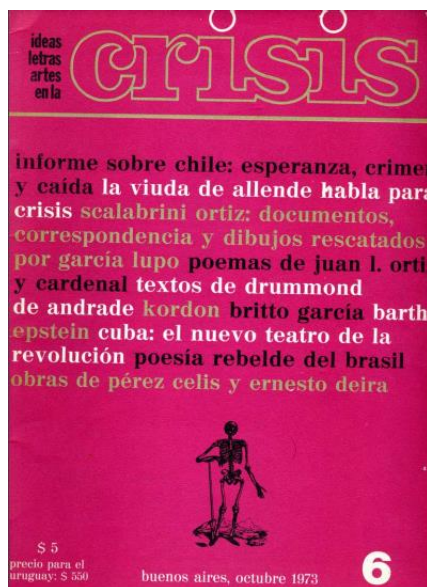


Ilustración 2: Tapa del número 6 de la revista *Crisis*.

<sup>1</sup> Todas las citas corresponden al número 6 de la revista *Crisis* (octubre 1973) y puede consultarse su versión digitalizada en línea en el sitio del Archivo Histórico de Revistas Argentina: <https://ahira.com.ar/ejemplares/6-9/>.

Leo en la primera línea: “informe sobre Chile: esperanza, crimen y caída. / La viuda de Allende habla para crisis”. Mi abuelo comunista ya me lo había contado. Leo en la página 67: “murió combatiendo. Murió luchando. Los amigos que estaban con él y después otras personas que vieron el cadáver, los bomberos que ayudaron a retirar el cuerpo, me dijeron que tenía muchos balazos en el estómago y en el pecho, A mí no me dejaron verlo”. Cortázar, en quien yo creía como a un oráculo, escribió una frase: “otra vez los chacales”.

Ahora voy a enfermarme. Después de comprar el número 6 de *Crisis* voy a enfermarme, el cuerpo no se erotiza, se duele, necesita la sustracción de la fiebre, una mutación y una ascesis invertida. No habrá colegio: todo es posible. Cuando despierte de la fiebre, comenzará la vigilia de la lectura mientras el cuerpo se entrega a la suspensión de la convalecencia. Es un truco infantil que todavía rinde, tengo dieciséis años cumplidos hace poco, pero todavía rinde. El cuerpo se sustrae en la fiebre, a veces ante lo intolerable, y *comienza a leer*. Apenas remitan los temblores de la angina sin irse del todo, lo suficiente para que los ojos no ardan doloridos, todo el tiempo leeré el número 6 de la revista *Crisis*. Hay un olor a agua de colonia y los remedios están sobre la mesa de luz. Estoy solo, arrinconado y despierto. Abro las páginas 26 y 27: veo una cara de *voyeur* con los ojos cubiertos con una venda y en un sofá veo dos cuerpos entrelazados que parecen uno. Es un dibujo de Ernesto Deira:

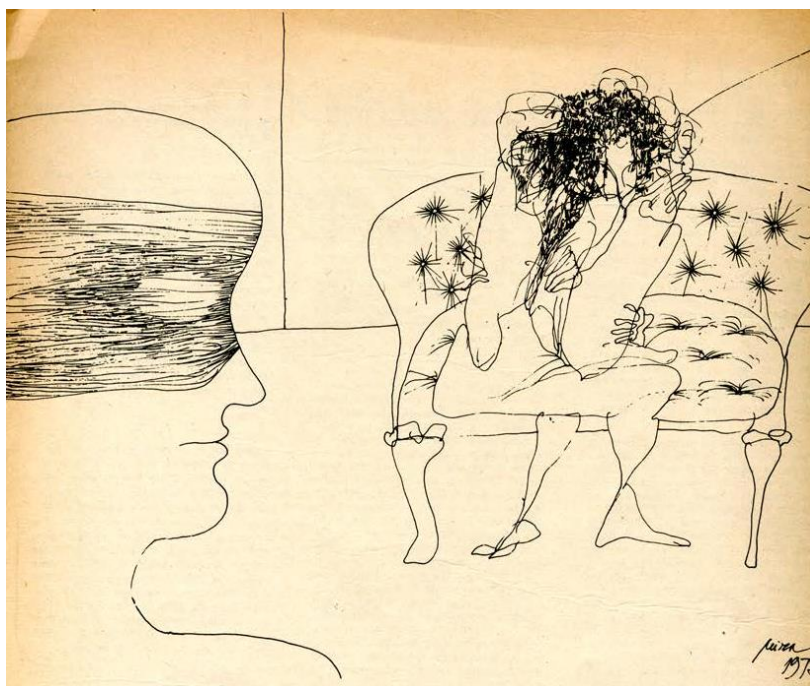


Ilustración 3: *Crisis*, n. 6, p. 27, 1973.

Leo un nombre: *Roland Barthes*. El título del texto es un golpe que me toma por sorpresa. Dice: “El texto que usted escribe debe darme la prueba de que me desea”. ¿Qué es esto? *El texto que usted escribe debe darme la prueba de que me desea*. Allí estaba Barthes por primera vez, la primera columna, el primer párrafo de Barthes que leí en mi vida, la lección inaugural:

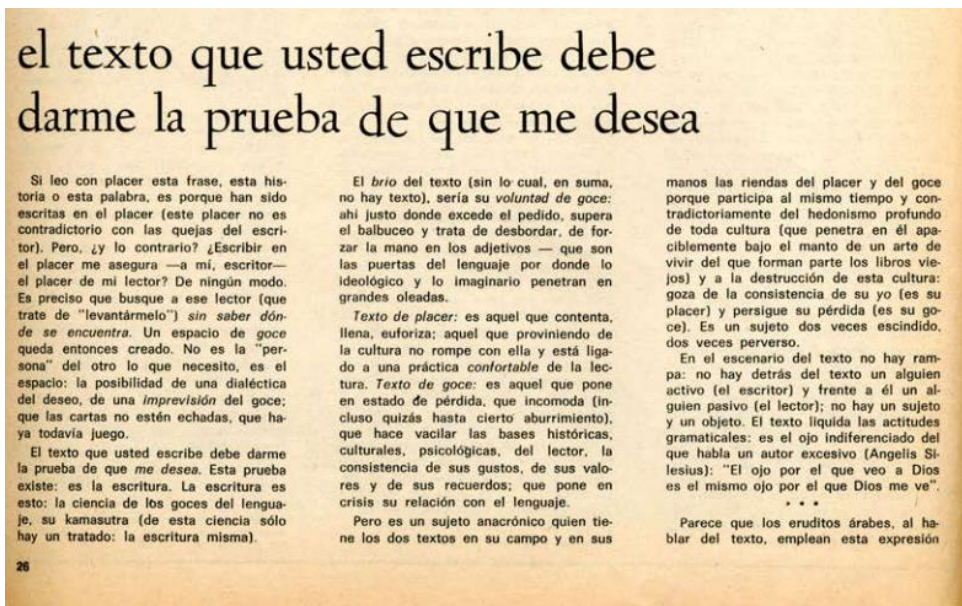


Ilustración 4: Crisis, n. 6, p. 27, 1973.

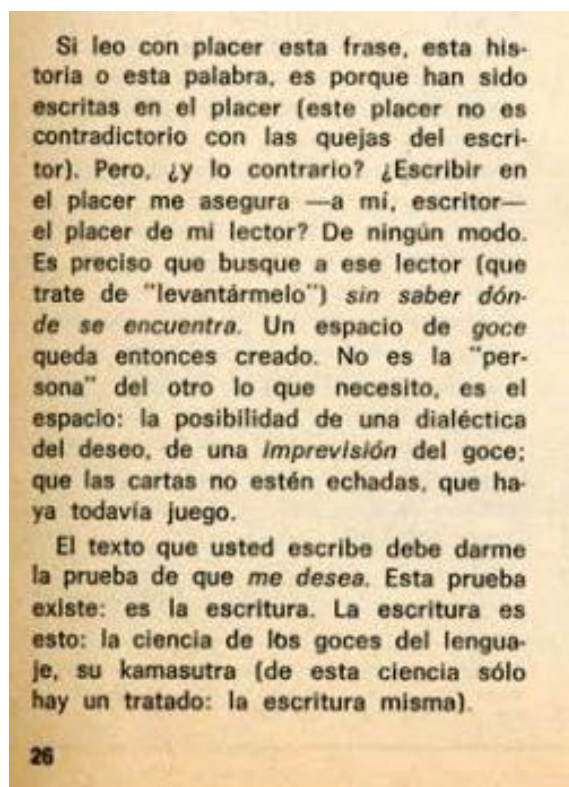


Ilustración 5: detalle de la primera columna de Crisis, n. 6, p. 27, 1973.

No sólo el ritmo del poema me reencontraba en el deseo, no sólo existía esta fiebre transida en la lectura mientras allí afuera confluía en la historia —pero esto no era abstracto, se sentía como un rumor enorme, y también como una amenaza, una violencia, también *se sentía en el cuerpo*—: ahora alguien viene en mí busca o me pone en evidencia, no sólo descubre mi deseo, también me incita. Dice algo que yo no sabía: “es preciso que busque a ese lector (que trate de ‘levantármelo’) *sin saber dónde se encuentra*”. De pronto la lectura, que era el lugar del secreto, me descubre: la palabra *placer*, que euforiza, y la palabra *goce*, que pierde e incomoda, eran sinónimos para mí, porque eso que ahora se llamaba “texto” cobraba una forma humana y era un estallido, otro destello: dice que el texto es una figura

de nuestro cuerpo erótico. Leo los fragmentos de las tres páginas y comprendo poco, pero allí donde comprendo, siento una conmoción, que confirma la última frase del comentarista, cuando afirma que hay un placer de la lectura y la escritura que lo une al cuerpo mismo a través de un temblor erótico que es capaz de experimentar y que, por lo tanto, no hay nada puramente intelectual si no es correlativamente visceral, es decir, *si no es erótico*.

Unas páginas más adelante se produce otro acontecimiento en el lugar de la fiebre: leo por primera vez a Juan L. Ortiz, leo unos poemas que se deslizan en la página de un punto al otro, en una tipografía infinitesimal, donde se halla la visión de unas flores bajo el estío, “con todo el cielo al blanco adelgazándolas en modo de fundirlas luego en él, así / como en un espejo sin lindes” (Juan L. Ortiz vivía en aquel año y aún publicaba poemas nuevos! Luego ese poema –“Vi unas flores...”– aparecería recopilado entre los poemas inéditos en la *Obra Completa*, que editó la Universidad Nacional del Litoral en 1996) (Ortiz, 1996, p. 943-945). Y si aquel texto de Barthes me tensaba en una vigilia sexual en la que sin embargo algo del yo zozobraba, en el poema de Juan L. Ortiz la reverberación del texto y los torbellinos del blanco hacían que el sujeto se hundiera sólo en la respiración de una melodía inaudita.

Desde entonces el erotismo del texto y la incandescencia, atravesados por la exterioridad y el trance de una palabra deseante, fueron la marca de la poesía. Y cuando llegó la dictadura yo había comenzado a leer en francés, trabajosamente, con un amigo francés que estudiaba Letras, hijo de un diplomático, llamado Pedro Vialatte, y me exiliaba en esa lengua con un diccionario y buscaba en la librería Galatea o en la librería Hachette a Baudelaire, a Lautréamont y a Rimbaud. Y así encontré los tres libros que iba publicando Barthes, los tres últimos, algunos ejemplares que llegaban a Buenos Aires: el personaje de novela, el enamorado, el fotógrafo de la muerte. Tengo las primeras ediciones de *Roland Barthes par Roland Barthes* (1975), *Fragments d'un discours amoureux* (1977) y *La chambre claire* (1980). Lo leía cortado, en fragmentos, allí donde podía entender, casi sin lengua a veces, o en el trazo iluminado de otros vocablos.

Cuando llegó todo lo demás, el análisis estructural, el grado cero de la escritura, la aventura semiológica, los fantasmas de la ciencia, el sistema y la huida del sistema, todo esto lo enrareció, como si aquel monstruo poético fuera Mr. Hyde y este hombre atildado del Collège de France, que encendía un cigarrillo vestido con un impermeable al salir del *Séminaire*, fuera el doctor Jekyll. Lo mismo me pasó con el salvaje Georges Bataille después de haber leído el crimen y el sacrificio y las lágrimas de Eros cuando vi la fotografía con el traje oscuro, la corbata, la cara blanca y los ojos celestes. Ninguno de los dos tenía la cara extraviada de Antonin Artaud.



*Ilustración 6: a la izquierda, Roland Barthes; en el centro, Georges Bataille; a la derecha, Antonin Artaud.*

Por eso nunca pude leer a Barthes como no fuera en la defecación ambigua, en la confesión lateral, en el simulacro, en la ambigüedad y, sobre todo, en el imperio del cuerpo. Yo estoy esperando lo que nunca veré: que Barthes sea Montaigne en la Biblioteca de *La Pléiade* o en innumerables libros populares, y que ya nadie recuerde, salvo los eruditos, el lacanismo de Barthes como no se recuerda el erasmismo de Montaigne y que alguien dijera de él lo mismo que decía Nietzsche al leer a Montaigne, que la vida se le hacía más soportable. Barthes siempre fue un cuerpo múltiple que dejaba su estela a tal punto que se volvió mimesis allí donde mi propio cuerpo ritmaba. Barthes aparece siempre en las intermitencias del cuerpo imaginario que atraviesa en los destellos –esa palabra de Barthes: *scintillement*–, los destellos del deseo como una red incandescente. La fiebre y el recuerdo de la fiebre.

*Nota al pie.* Cuando leí a Roland Barthes por primera vez, Barthes estaba vivo y ahora me sorprende pensando que leí sus libros cuando acababan de ser publicados. Esos tres libros son los mejores para mí y sin duda marcaron para siempre mi deseo de escribir crítica literaria, junto con los ensayos de Borges y de Benjamin. Para hacer un chiste fácil, y a la vez declararlo como una enfática profesión de fe, mi primera vez ocurrió a partir de aquella primera B leída a solas en una casita suburbana, no en la universidad: Barthes, Borges y Benjamin. Mucho después conocí a Nicolás Rosa y Noé Jitrik, “con quien tanto quería”. Es un privilegio extraño que me sume en una tristeza lenta, porque lo que ocurrió aquella mañana en Rosario también es un recuerdo melancólico ahora, sombra en la sombra.

Cuando redacté este ensayo, busqué, después de décadas y mudanzas y pérdidas, la *misma* revista que leí en octubre de 1973 para que todo volviese a través del mismo objeto, como si fuera un talismán que portara el tiempo pasado. Hubo entonces un nuevo reconocimiento y una certeza nueva. Debajo de unas líneas de introducción se dice que los fragmentos pertenecen al libro *El placer del texto*, que será editado próximamente por Siglo XXI Argentina. Busqué al final de la traducción de la revista *Crisis* el nombre de Nicolás Rosa, el histórico traductor de *El placer del texto* al español, pero encuentro *otro* nombre. Dice: “(traducción de Noé Jitrik)”. Leo entonces la introducción: es la prosa de Noé, inconfundible para mí. Busco la frase inaugural, en el libro traducido por Nicolás Rosa. Dice: “El texto que usted escribe debe probarme *que me desea*. Esa prueba existe: es la escritura” (Barthes, 2014, p. 14). Dice: “Es preciso que yo busque a ese lector (que lo “rastree”) *sin saber dónde está?*” (Barthes, 2014, p. 13). Que lo rastree, dice. ¿Cómo que “rastree” al lector, si la traducción que yo leí dice que *se lo levante?* Busco el texto original en francés: “*Ce lecteur, il faut que je le cherche (que je le “drague”)* sans savoir où il est” (Barthes, 2002, p. 220). El verbo es *dragner*, y viene de *drague*: el sentido inicial, que venía del inglés *drag*, era el de un hilo para pescar que derivó en *to drag*, arrastrar, pero se transformó en *drague*, la draga, el instrumento que rastrea en el fondo del mar. Pero como su sentido inicial se relacionaba con el ir de pesca, en el argot se refería al charlatán que trataba de atraer a sus víctimas. En su uso metafórico y popular derivó en la seducción inmediata para tener una aventura sexual, *dragner* es dragar, pero en su uso cotidiano es exactamente “ir de levante”. Escribir, entonces, sería como buscarle los ojos al lector para “levantárselo” sin saber de antemano donde está, así como se lo buscaría en un bar, en la disco, en la calle. Escribir es ir de levante. Lo dijo Barthes en *El placer del texto* y Jitrik lo había traducido *así*. Fue parte de mi fascinación y del eros de ese llamado. Así es que decidí telefonar a Noé, desde el hotel de Rosario, en la mañana del 10 de agosto de 2018, horas antes de leer este mismo ensayo escrito para el panel de cierre de las *Jornadas Roland Barthes: Los gestos de la idea*, en el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Alberto Giordano nos había pedido a Isabel Quintana, a Martín Kohan y a mí que escribiéramos un breve ensayo, en un tono personal, bajo la consigna “Barthes por primera vez”. Noé estaba pasando unos días en su casa de La

Cumbre, en Córdoba. Me contó que el primer libro de Barthes se lo regaló Augusto Roa Bastos y fue *El grado cero de la escritura*, que luego lo siguió leyendo bastante cuando se fue a París y que al volver a Argentina, en 1970, seguía interesado. No supo explicarme la cuestión del anuncio del libro en Siglo XXI pero sí que la propuesta de publicar esos fragmentos en la revista *Crisis* con una introducción fue de él mismo y se la aceptaron. Además me dejó este mensaje que al finalizar transmití solemnemente a la audiencia de las Jornadas: “Deciles a todos de mi parte que dejen de leer a Barthes y me lean a mí, que lo escribí *todo*”.

### Referencias

- BARTHES, R. **Roland Barthes par Roland Barthes**. París: Seuil, 1975.
- \_\_\_\_\_. **Fragments d'un discours amoureux**. París: Seuil, 1977.
- \_\_\_\_\_. **La chambre claire. Note sur la photographie**. París: Cahiers du Cinéma / Gallimard Seuil, 1980.
- \_\_\_\_\_. **Le Plaisir du texte** [1973]. In: \_\_\_\_\_. **Oeuvres Complètes**. IV: 1972-1976. Edición de Éric Marty. París: Seuil, 2002. p. 217-261.
- \_\_\_\_\_. **El placer del texto**. Traducción de Nicolás Rosa. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003 [1982].
- CRISIS**, n. 6, 1973.
- ORTIZ, J. L. **Obra Completa**. Introducción y notas de Sergio Delgado. Santa Fe: Centro de Publicaciones: Universidad Nacional del Litoral, 1996.